

Teorizando la Ilustración: Rousseau y Voltaire en *Jicoténcal*¹

GEOFFREY MITCHELL

Maryville College

geoffrey.mitchell@maryvillecollege.edu

RESUMEN: La novela histórica *Jicoténcal* (1826), publicada anónimamente en forma de tratado político en Filadelfia, utilizó la conquista de Nueva España y el ejemplo de la república de Tlaxcala como alegoría histórica para condenar la tiranía del despotismo ilustrado de Fernando VII de España. Fuertemente influido por los escritores censurados de la Ilustración Francesa, en especial Rousseau y Voltaire, el autor latinoamericano aboga por una forma republicana de gobierno —ostensiblemente en la colonia de Cuba— en oposición a la anacrónica y corrupta monarquía española. Para apoyar su razonamiento, el autor además emplea pasajes casi completos del *Discurso sobre las ciencias y las artes* y *El contrato social* de Rousseau y el cuento satírico de Voltaire, “El Ingenio”.

ABSTRACT: The anonymous, historical novel *Jicoténcal* (1826), written in the form of a political treatise and published in Philadelphia, employed the use of the Conquest of New Spain and the Tlaxcaltecan republic as an historical allegory that decried the tyranny of the enlightened despotism of Fernando VII of Spain. Highly influenced by censored authors of the French Enlightenment, particularly Rousseau and Voltaire, the Latin American author advocated a republican form of government—ostensibly in the colony of Cuba—in opposition to an antiquated and corrupt Spanish monarchy. In addition, the author utilizes nearly entire passages from Rousseau’s *Discourse on the Sciences and the Arts* and *On the Social Contract* as well as Voltaire’s satirical story “The Ingenio” to support his argument.

PALABRAS CLAVE: Ilustración, despotismo, república, monarquía, Xicoténcatl.

KEYWORDS: Enlightenment, Despotism, Republic, Monarchy, Xicoténcatl.

Jicoténcal (1826), cuya autoría aún queda en duda, fue publicada en Filadelfia por el impresor William Staveland y registrada por el doctor Frederick Huttner. El estudioso Luis Leal identifica a *Jicoténcal* como la primera novela histórica en castellano, precediendo así por dos años la publica-

¹ Este estudio conserva el título original del texto, *Jicoténcal*, pero emplea la ortografía mexicana, Xicoténcatl, cuando se refiere a los personajes tlaxcaltecas, Xicoténcatl el Viejo y Xicoténcatl el Mozo. El título original no refleja la ortografía mexicana, lo que sugiere una autoría no mexicana.

ción de *Ramiro, Conde de Lucena* de Rafael Húmara (1960: 9). Según Lukács, la ficción histórica de los siglos XVIII y XIX tiene su base en Hegel y “much of what he says can be related to the development of the genre in general” (Parkinson Zamora: 8).² Además, no sólo es *Jicoténcal* la primera novela histórica escrita en castellano, es también “la primera novela indigenista que aparece en el Continente Americano” (Castro Leal 1995: 84). Las dudas sobre el anonimato de la novela no han impedido las especulaciones. En sus investigaciones, Leal ofrece al sacerdote cubano, Félix Varela, como fuente de la novela, y en su traducción al inglés, Guillermo Castillo-Feliú esencialmente reitera esta postura aunque conserva la ortografía mexicana en el título de la traducción, *Xicoténcatl*.³ Sin embargo, estudios recientes como los de Alejandro González Acosta y Anna Brickhouse, señalan otras posibilidades sobre las fuentes del texto.

Aunque sea un riesgo ubicar un texto en un movimiento literario, se debe considerar *Jicoténcal* como obra precursora del romanticismo hispanoamericano. De esta manera, la novela también comparte algunas de las características predominantes del neoclasicismo que señala Castro Leal: “la novela *Xicoténcal* tiene esa lentitud y elevación moral que es frecuente en las narraciones del siglo XVIII; por su pensado desarrollo y sus razonados parlamentos no hay duda de que en cuanto a su técnica, pertenece a ese siglo” (84). *Jicoténcal* muestra, en particular, el tono didáctico de la Ilustración Francesa además de los preceptos sobre la libertad, la tiranía, el noble o buen salvaje, el anticlericalismo y la hipocresía de la Iglesia Católica, la bondad innata del hombre y el racionalismo propuestos por los enciclopedistas como Jean-Jacques Rousseau y escritores satíricos como Voltaire. El propósito de este estudio es explorar e identificar la influencia filosófica y socio-política de Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) y Voltaire (1694-1778) en *Jicoténcal*. No cabe duda que los ensayos *El discurso sobre las ciencias y las artes* (1750) y *El contrato social* (1762) de Rousseau y el cuento didáctico y satírico “L’Ingénu” (1767)⁴ de Voltaire forman la base de la argumentación republicana y anticlerical de *Jicoténcal*.

² “Mucho de lo que él dice puede relacionarse al desarrollo del género en general” (todas las traducciones del inglés son mías).

³ Guillermo Castillo-Feliú, *Xicoténcatl: An Anonymous Historical Novel about the Events Leading up to the Conquest of the Aztec Empire*. Austin: University of Texas Press, 1999.

⁴ “El Ingenuo”.

A pesar de la censura impuesta por la corona española, las obras respectivas de Rousseau y Voltaire comenzaron a aparecer clandestinamente en Hispanoamérica a finales del siglo XVIII (Spell: 129). Además, en esta época existían ejemplares de estas obras en los Estados Unidos, donde algunos de los posibles autores de la novela se exiliaron. Quiquiera que fuera el autor de *Jicoténcal* seguramente obtuvo ejemplares de estas obras e incorporó fragmentos de ellas en su novela. En su libro *The Mexican Historical Novel*, J. Lloyd Read, quien rescató la novela tras muchos años en la oscuridad, señala su naturaleza didáctica en que “*Jicoténcal* is a work meant to be a vehicle for the expression of ideals of abstract justice, truth and right, and not for the painting of prosaic minutiae of life among the Indians” (98).⁵ A pesar del tema americano empleado por el autor —seguramente para enfatizar la importancia y preeminencia del Nuevo Mundo— el fondo literario-político es plenamente eurocéntrico, localizado específicamente en la Ilustración Francesa. Pese al eurocentrismo, el autor pretende apropiarse de las crónicas españolas y el racionalismo francés para minar el despotismo de Fernando VII, ilustrando así un ejemplo de lo que Walter Mignolo ha llamado “subalternization of knowledge” (13).⁶

Los eventos históricos sobre la conquista varían según el cronista. Con excepción de Bartolomé de las Casas, los cronistas españoles tendían a justificar los medios empleados por los españoles para realizar la conquista y la conversión de los indígenas al catolicismo. Bernal Díaz del Castillo y Antonio de Solís solían retratar a los indígenas en términos negativos: salvajes, inconfiables, blasfemos. Este tratamiento de los eventos históricos es de esperar, puesto que a los vencedores (conquistadores) pertenecen los despojos de la conquista (un corolario que Rousseau también afirmaba en *El contrato*). En *Jicoténcal*, sin embargo, se nota que los papeles se han invertido: los españoles son retratados como los bárbaros germánicos que invadieron el Imperio Romano mientras los tlaxcaltecas se representan política y socialmente como espartanos o “salvajes” nobles e inocentes. Este concepto de la inocencia y la bondad innata de los indígenas se origina textualmente en el *Discurso* de Rousseau. Sin em-

⁵ “la intención de *Jicoténcal* es ser un vehículo por el cual se expresan los ideales de la justicia abstracta, la verdad y lo correcto, y no para retratar la minuciosidad prosaica de la vida entre los indígenas”.

⁶ “subalternización del conocimiento”.

bargo, este concepto tiene raíces en las cartas de Colón que anticipan el *Discurso* por más de dos siglos. Tras llegar a las costas de lo que es hoy Veracruz, Cortés y los españoles emprendieron la marcha histórica a la Gran Tenochtitlán. Tuvieron que atravesar los territorios de varias naciones indígenas, una de ellas la de Tlaxcala. William Cullen Bryant resume la historia así:

[Tlaxcala's] inhabitants lived under an aristocratic form of government [...] The caciques had grown too powerful and independent to live under a monarchy, and, many years before the arrival of Cortés, had dissolved this form of government, divided the kingly power among themselves, and ruled the nation by the decrees of a council, composed of the territorial lords. But the common people were the vassals of these lords, and, like the retainers of all petty sovereigns, devotedly attached to their masters. No form of government can be better calculated for a warlike people, and, accordingly, the inhabitants of Tlaxcala excelled all their neighbours in courage and military skill. The Spanish general was fortunate in early concluding an alliance with this nation, after some bloody, but not decisive hostilities. He effected this principally by offering to assist them against the Mexicans, whom they hated, and whose power they had long defied and resisted (337-338).⁷

Entre los jefes tlaxcaltecas fue el comandante en jefe del ejército e hijo de Xicoténcatl el Viejo,⁸ Xicoténcatl el Mozo,⁹ quien se opuso desde el principio a la alianza con Cortés propuesta por el concilio tlaxcalteca.

⁷ “Los habitantes [de Tlaxcala] vivían bajo una forma aristocrática de gobierno [...] Los caciques habían llegado a ser demasiado poderosos e independientes para poder vivir bajo una monarquía, y, muchos años antes de la llegada de Cortés, habían disuelto esta forma de gobierno, dividido el poder monárquico entre sus mismos miembros, y gobernaban la nación por medio de los decretos de una junta, compuesta por señores territoriales. Sin embargo, los plebeyos eran los vasallos de estos señores, y, como súbditos de todo pequeño soberano, completamente leales a su protector. Ninguna otra forma de gobierno puede haber sido mejor creada para tal pueblo bélico, y, por ende, los tlaxcaltecas fueron muy superiores a todos sus vecinos en valor y destreza militar. El general español tuvo la suerte de poder aliarse pronto a esta nación, tras algunas hostilidades sangrientas aunque no decisivas. Él consiguió esto principalmente al ofrecerles ayuda contra los mexicas, a quienes odiaban, y cuyo poder habían resistido y desafiado por largos años”.

⁸ Alternativamente, Xicoténcatl el Viejo, el Ciego, o Padre.

⁹ Alternativamente, Xicoténcatl el Joven.

El concilio le mandó obedecer la decisión y así Xicoténcatl el Mozo y sus tropas acompañaron a Cortés en el cerco de Tenochtitlán. Disgustado con Cortés y su autoridad opresiva, Xicoténcatl el Mozo y algunos de sus fieles abandonaron el cerco y volvieron a Tlaxcala. No obstante, Bernal Díaz del Castillo, obviamente favoreciendo la versión de los acontecimientos desde la perspectiva española, indica otros motivos para la vuelta a Tlaxcala:

[el capitán Chichimecatecle y otros capitanes] alcanzaron a saber que [Xicoténcatl el Mozo] se había vuelto aquella noche encubiertamente para Tlaxcala, y que iba a tomar por fuerza el cacicazgo y vasallos y tierra del mismo Chichimecatecle, y las causas que para ello decían los tlaxcaltecas tenía era que como Xicotenga el Mozo vio ir los capitanes de Tlaxcala a la guerra, especialmente a Chichimecatecle, que no tendría contradictores, porque no tenía temor de su padre Xicotenga el Ciego, y nuestro amigo Maseescaci ya era muerto, y a quien temía era a Chichimecatecle; y también dijeron que siempre conocieron de Xicotenga no tener voluntad de ir a la guerra de México, porque le oían decir muchas veces que todos nosotros y ellos habíamos de morir en ella (332).

El cronista español agrega que Cortés intentó convencer a Xicoténcatl a que volviera a la batalla contra sus enemigos, los mexicas. Mandó a cinco caciques de Texcoco y dos de Tlaxcala para llevar a cabo esta misión. Xicoténcatl el Mozo, respondió así: “que si el Viejo de su padre y Maseescaci lo hubieran creído, que no se hubiera señoreado tanto de ellos, que les hace hacer todo lo que quiere, y por no gastar más palabras, dijo que no quería venir” (332). Con esta respuesta, Cortés mandó detener y ahorcar a Xicoténcatl por ser “‘traidor y malo y de malos consejos’” (*id.*). Bernal Díaz añade el golpe de gracia con respecto a la denuncia de Xicoténcatl el Mozo, cuando escribe: “Algunos tlaxcaltecas hubo que dijeron que don Lorenzo Vargas, padre de Xicotenga, envió a decir a Cortés que aquel su hijo era malo, y que no se confiase en él, y que procurase de matarle” (333). Durante la ejecución, un intérprete leyó la orden de ejecución y el motivo del castigo. Al recobrar el cuerpo de Xicoténcatl, sus compatriotas se repartieron sus vestimentas como reliquias sagradas.

La trama de *Xicoténcatl* incorpora los eventos históricos según el relato de Antonio de Solís, la *Historia de la conquista de Méjico*. La única desviación de la obra de Solís es el tratamiento de la matanza de los

nobles mexicas en la plaza del Templo Mayor; en esta parte, el autor de *Jicoténcal* decidió hacer uso del relato de Bartolomé de las Casas, la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. La novela comienza *in medias res* con los españoles en Tlaxcala preparándose para la toma de la Gran Tenochtitlán. Cabe notar que Motecuhzoma realmente no tiene un papel importante en la obra, pues la novela trata exclusivamente del pueblo tlaxcalteca, su lucha inicial con Cortés, la eventual alianza contra Motecuhzoma y la rebelión de Xicoténcatl el Mozo. El senador tlaxcalteca, Maxiscatzin, ya había adoptado una posición de alianza con Cortés, ignorando así tercamente los consejos de Xicoténcatl el Viejo. Más tarde, ante la imposibilidad de resistir la presencia y la presión de los españoles, Xicoténcatl el Viejo le ofrece su apoyo a Cortés. En cambio, Xicoténcatl el Mozo inicialmente no concuerda y resiste hasta que el senado tlaxcalteca lo manda colaborar con Cortés. De ese momento en adelante, Xicoténcatl el Mozo mantiene una actitud de desconfianza y distanciamiento hacia Cortés y los españoles con excepción del capitán Diego de Ordaz: este es el único representante español de la virtud y el honor. Teutila, la bella enamorada de Xicoténcatl el Mozo, es secuestrada por Cortés, quien guarda fuertes deseos lujuriosos hacia ella. Este secuestro sirve para dos motivos: (1) seducir a Teutila y (2) hacer que Xicoténcatl el Mozo la busque y caiga en la trampa de Cortés. Esta imagen de la lujuria de Cortés, quien puede verse como una representación del poder militar y espiritual de España, recuerda al monseñor Saint-Pouange y su “arreglo” con la virgen, la señorita de Saint-Yves, en “L’Ingénu” de Voltaire. Para poder liberar a su amante, el Ingenuo (un indígena de la tribu Hurón), quien se encuentra injustamente encarcelado en la Bastilla, la señorita de Saint-Yves tiene que entregarse al monseñor:

Elle était si belle que le Saint-Pouange, perdant toute honte, lui insinua qu’elle réussirait si elle commençait par lui donner les prémices de ce qu’elle réservait à son amant [L’Ingénu] (109-110).¹⁰

Como los abusos efectuados a mano de Cortés en *Jicoténcal*, esta escena en “L’Ingénu” sirve para denunciar el abuso del poder y la hipocresía

¹⁰ “Tan hermosa estaba que el señor De Saint-Pouange dio de lado todo reparo y le insinuó que triunfaría en su empresa si empezaba por entregarle las primicias de aquello que reservaba para su enamorado [L’Ingénu]” (Gallego Urrutia: 91).

religiosa europeos en especial cuando se trata de un indígena (puede leerse *americano* o *criollo*).

Durante la estancia de las tropas españolas en Tlaxcala, el capitán Ordaz y Xicoténcatl el Mozo llegan a ser amigos íntimos. Muy al estilo neoclásico del amor imposible, ambos aman a la bella Teutila sin darse cuenta de la pasión del otro. Al final, es Ordaz quien sacrifica su amor por Teutila para la felicidad de su amigo, Xicoténcatl. A pesar de que Teutila se ha casado con Xicoténcatl el Mozo, Cortés sigue persiguiéndola por motivos concupiscentes. Para solucionar el problema de Xicoténcatl y el amor de Teutila por él, Cortés lo acusa de abandonar el cerco de Tenochtitlán desobedeciendo así sus órdenes. Por estas razones, Cortés lo manda ahorcar públicamente a pesar de su inocencia. Esta modificación novelesca del fragmento de la crónica de Bernal Díaz de Castillo subvierte la historia “oficial” y así es otro ejemplo de “subalternization of knowledge”. Desesperada, Teutila pretende asesinar a Cortés para vengarse del asesinato de su esposo. Antes de partir para una audiencia con Cortés, Teutila se envenena pensando que tenía suficiente tiempo para apuñalar a Cortés antes de que el veneno la matara. Como una tragedia clásica, el destino se opone y el veneno la mata antes de que tenga la oportunidad de matar a Cortés.

Con excepción del personaje de Teutila, todos los personajes en *Jicoténcal* son históricos. En un estudio de 1997, *El enigma de “Jicoténcal”*, Alejandro González Acosta asevera que

en esta novela, la oposición de sus personajes se establece por la virtud y el vicio, no por la nacionalidad, y esto es muy importante para percibir el sentido superior de la obra, que responde directamente a un proyecto nacional de los criollos, quienes resultan la síntesis de los componentes propios y extranjeros (87).

Además, todas las relaciones amorosas entre los personajes son ficticias (excepto aquella entre Cortés y Marina) y sirven para establecer un sentido novelesco en la obra. Aunque las relaciones amorosas en *Jicoténcal* representan una meta-ficción, pueden ser complicadas y confusas. Según González Acosta:

En este juego de pasiones, el autor se sintió tentado para incluir una especie de *comedia de errores* ajena a su asunto, y propuso las equivo-

caciones amatorias de Cortés deseoso de Teutila, Jicoténcal atraído por Marina, y esta amante de Ordaz, quien a su vez ama a Teutila: esto disiente de la intención general de la obra como un fallido injerto del teatro de enredos (93).

Sin embargo, lo que se destaca en esta red compleja de relaciones amorosas es la problemática del amor frustrado que figura eminentemente en “L’Ingénu” y más tarde en las novelas del romanticismo latinoamericano. En *Jicoténcal*, el aspecto metafórico del amor imposible subraya la problemática de la integración racial y política postulada por Doris Sommer en *Foundational Fictions*. Asimismo, Anna Brickhouse indica que la novela presenta la misma tipología racial que la de James Fenimore Cooper; es decir, una heroína oscura y “sexually charged”¹¹ (doña Marina) y la otra (Teutila) blanca (66). Este mestizaje se realiza en *Jicoténcal*, empero se retrata de una forma negativa y apocalíptica y no dentro de un contexto positivo. Doña Marina (léase, la *femme fatale*), la concubina de Cortés, seduce al buen capitán Ordaz pero este vuelve en sí, recupera su dignidad y rechaza a Marina violentamente. González Acosta plantea una posición interesante con respecto a los papeles de Cortés y doña Marina en *Jicoténcal*:

la Marina de *Jicoténcal*, meretriz de Cortés, llega al colmo de su prostitución al tratar de seducir a Diego de Ordaz. [...] Además, [Cortés] es una imagen del padre; así, lo que [Marina] le propone a Ordaz se enlaza lejanamente con un tópico del teatro clásico griego, el de la madre pretendiendo al hijo (87).

La trama se complica bastante cuando Ordaz descubre que Marina está embarazada y él sospecha que él mismo es el padre de la criatura. No obstante, el autor añade más tarde que, en el momento del parto, Ordaz descubre que el padre es Cortés. Por ende, la posibilidad del mestizaje dentro de un contexto positivo, amoroso y moral (Ordaz y Teutila) se frustra y el punto de partida para esta nueva “comunidad imaginada” se origina de una relación ilícita entre un “monstruo”, el conquistador español, y la subalterna Marina, una “intriganta” e “indigna”. Esta visión negativa de la ilegitimidad y la paternidad del hijo de Marina y Cortés alegoriza la futura problemática de la integración racial de los mestizos en México

¹¹ “sexualizada”

y, por extensión, en toda Hispanoamérica. Brickhouse, sin embargo, hace hincapié en las teorías recientes que presentan a Marina como un ejemplo de “in-betweeness, ‘an icon of racial and cultural mixture [...] a symbol of the Borderlands’” (68).¹² Además, como la novela subvierte la historia oficial de la conquista de Nueva España, la argumentación de *Jicoténcal*

argues through the imagined voices of its native female protagonists that historical veracity resides not in the officially sanctioned documents of the victors but in the novelist’s ability to construct the point of view of the conquered, the enslaved, and in (what is perhaps this novel’s greatest source of anxiety) the raped.¹³

Como en *Amalia* del argentino José Mármol, las relaciones entre los personajes masculinos en *Jicoténcal* tienen un papel importante. La relación binaria entre Xicoténcatl el Mozo y Ordaz es de suma importancia porque representa lo que Kosofsky Sedgwick llama “male homosocial desire”.¹⁴ Este término, en el caso de *Jicoténcal*, “is applied to such activities as ‘male bonding,’ which may, as in our society [American], be characterized by intense homophobia, fear and hatred of homosexuality” (1).¹⁵ Kosofsky Sedgwick también asevera que

the emerging pattern of male friendship, mentorship, entitlement, rivalry, and hetero- and homosexuality was in an intimate and shifting relation to class; and that no element of that pattern can be understood outside of its relation to women and the gender system as a whole (1).¹⁶

¹² “*in betweeness*, ‘un icono de mestizaje racial y cultural [...] un símbolo de la Frontera / espacios de tránsito cultural’”.

¹³ “sostiene por medio de las voces imaginadas de las protagonistas nativas que la veracidad histórica no radica en los documentos oficialmente autorizados de los vencedores sino en la capacidad del novelista para construir la perspectiva del conquistado, el esclavizado, y en (lo que es quizás la fuente principal de la ansiedad de esta novela) el/la violado/a.”

¹⁴ “deseo masculino homosocial”.

¹⁵ “se asocia a actividades tales como los ‘lazos afectivos entre hombres’, que pueden caracterizarse, como en nuestra sociedad [americana] por una homofobia vehemente, miedo y odio a la homosexualidad”.

¹⁶ “el modelo naciente de amistad entre hombres, relaciones mentor-pupilo, derechos, y rivalidades masculinas, además de la heterosexualidad y la homosexualidad, se

Esta relación íntima entre un europeo y un indígena ya tenía sus raíces en “L’Ingénu” y luego estaría en boga en las novelas indianistas de Chateaubriand, James Fenimore Cooper y José de Alencar. Encarcelado en la Bastilla, el Ingenuo conoce a un preso francés llamado el señor Gordon a quien le ofrece su amistad. Gordon, un jansenista (un católico que creía que el Papa era solamente otro arzobispo), nota la ignorancia de su compañero y se ofrece a instruirle en las artes y las letras. Durante su estancia en la Bastilla, el Ingenuo crece en su conocimiento y logra superar el nivel de su maestro, el señor Gordon. Una lectura cuidadosa de “L’Ingénu” y de *Jicoténcal* revela que en estas relaciones homosociales, son los indígenas quienes llegan a instruir a sus amigos europeos.

Como indicamos en el principio de este estudio, el misterio que rodea la naturaleza de la autoría de la novela ha creado varias especulaciones: los cubanos Félix Varela y José María de Heredia se encuentran entre los posibles autores. En un estudio reciente, Anna Brickhouse descarta la posibilidad de Varela y propone otra fuente de *Jicoténcal*: el ecuatoriano Vicente Rocafuerte. En la primera mitad del siglo XIX, el liberalismo hispanoamericano se basaba principalmente en las obras de Rousseau, Voltaire, Montesquieu, Raynal y otros filósofos de la Ilustración francesa. No obstante, otro medio para la diseminación de las ideas ilustradas en las Américas fueron los textos científicos basados en las teorías de Descartes, Leibniz y Newton (Keen: 159). A pesar de ser textos prohibidos, a partir del año 1800 la mayoría de los criollos con buena formación académica ya contaba con un buen conocimiento de sus temas. Por ende, muchos escritores hispanoamericanos de la época eran capaces de escribir una novela como *Jicoténcal*.

En un artículo de 1960, Luis Leal aparentemente solucionó el enigma de la autoría: el sacerdote cubano Félix Varela, quien estuvo en Filadelfia y en Nueva York en aquellos tiempos y utilizaba la imprenta del episcopal William Staveland para sus publicaciones. En su artículo, Leal compara el estilo e ideología de *Jicoténcal* con los de la obra de Félix Varela y concluye que son muy similares. En Filadelfia, el padre Varela también había publicado una revista titulada *El Habanero*, cuyos primeros números le provocaron muchísimo disgusto al gobierno de Cuba.

relacionaba íntima e inestablemente con la clase social; y que ningún aspecto de ese modelo puede entenderse fuera de su relación con la mujer y el sistema de género en su totalidad.”

La revista causó tanta irritación que el gobierno cubano mandó a un asesino a sueldo a Filadelfia para matar a Varela. Quizá por esto Varela se trasladó a Nueva York. Leal propone que Varela respondió a estos peligros a través de las primeras líneas del Libro Sexto de *Jicoténcal*. Este primer párrafo comienza con una larga diatriba política que muestra una profunda influencia de *El contrato* de Rousseau:

Cuando el poder arbitrario llega a asesinar a un hombre virtuoso, cubriendo este horrible atentado con una farsa judicial tan ridícula como insultante, y cuando el despotismo descarga así su mano de hierro a presencia de un pueblo que no le ahoga o despedaza en la justa indignación que debe excitar tan bárbara tiranía, ese pueblo sufre justamente sus cadenas, y aun éstas son poco para lo que merece su cobarde y vil paciencia (120).

A pesar de apoyar la autoría de Varela, en la introducción de su edición de *Jicoténcal*, Leal parece complicar, y quizá subvertir, su propia teoría porque incluye el detalle de que José María Heredia poseía un libro con el título *Xicoténcal o los tlaxcaltecas*. Como se verá en seguida, la inclusión de este texto de la biblioteca de Heredia sugiere otras posibilidades con respecto a la autoría de *Jicoténcal*.

No obstante, González Acosta propone otro candidato cubano para la autoría de la novela: el poeta José María Heredia. De joven, Heredia vivió varios años en México puesto que su padre fue nombrado Oidor de la Audiencia de México. Desde la época de su estancia en México, Heredia se interesó por la historia mexicana. En 1823, ahora ubicado en los Estados Unidos, Heredia comenzó a escribir una tragedia llamada *Xicoténcatl o los Tlascaltecas*. Heredia, como muchos hispanoamericanos exiliados de su época, se quedó a vivir en Nueva York pero visitaba Filadelfia muy a menudo. Entre su grupo de amigos exiliados se encontraba el padre Félix Varela, con el cual Heredia tenía un amigo común: el impresor filadelfiano William Stavely.

Es importante señalar que Heredia, habiendo leído *Emile* y *La nouvelle Héloïse* de Rousseau, quedó muy devoto del escritor francés. Su interés en la filosofía roussoniana lo inspiró a publicar comentarios sobre la obra de Rousseau y a escribir un poema titulado “Últimos momentos de J. J. Rousseau”. Además, González Acosta nota que a lo largo de *Jicoténcal*, el discurso admite una esencia masónica particularmente durante la polémica entre el padre Olmedo y Xicoténcatl, el Viejo. Este alude al

“Gran Ordenador”, el “Ser Supremo” y el “Gran Arquitecto”, términos que serían “inconcebibles para un sacerdote como Varela” (149). A diferencia del padre Varela, Heredia tuvo que partir de Cuba con un disfraz debido a una orden de captura porque el gobierno cubano lo consideraba sedicioso. Con respecto al anonimato de *Jicoténcal*, González Acosta postula que quizás Heredia sintiera cierta vergüenza por la obra debido a sus fallas y temiera la crítica de sus compañeros exiliados. En aquellos tiempos, Heredia ya gozaba de cierta fama y lo comenzaban a llamar “El Cantor de la Libertad de Cuba”. Las teorías sobre la autoría de *Jicoténcal* se centraron en los dos escritores cubanos, Varela y Heredia, hasta 2009 en que apareció el estudio de Anna Brickhouse.

En su libro *Transamerican Literary Relations and the Nineteenth Century Public Sphere*, Brickhouse también hace hincapié en el debate sobre la autoría de *Jicoténcal*. En primer lugar, Brickhouse descarta implícitamente a Varela como autor por ser sacerdote y porque no existe ningún texto escrito en que él confiese dudas sobre su fe. Además, se sabe definitivamente que él se opuso a la autoría anónima por ser una expresión de cobardía (53). En vez de un solo autor, Brickhouse propone una colaboración, posiblemente entre José María Heredia y Vicente Rocafuerte,

an iconoclast who, unlike Varela, considered it a mark of enlightenment to be called a blasphemer as a result of his criticism of the Catholic Church as an institution; a writer who had no problems with authorial anonymity in a politically fraught hemisphere, and who had in fact already published anonymous polemical writings in the United States and Cuba.¹⁷

Brickhouse también afirma que Rocafuerte prefirió emplear propaganda para conseguir fines políticos, cosa que Varela desaprobaba totalmente. La posición de González Acosta parece confirmar este detalle porque asevera que la novela se divide en libros y no en capítulos, lo cual posibilita organizar e historiar el texto como un tratado (79). Este texto

¹⁷ “un iconoclasta quien, a diferencia de Varela, creía que ser llamado blasfemo por su crítica de la Iglesia Católica como institución lo hacía aparecer como ilustrado; un escritor que no tenía problemas con el anonimato autoral en un hemisferio políticamente cargado, y que incluso había publicado escritos polémicos anónimos en los Estados Unidos y Cuba”.

organizado como panfleto o tratado político y propagandista también incluye una plétora de retórica masónica, lo cual apoyaría la teoría de Brickhouse sobre la autoría de Rocafuerte y no la de Varela. Se sabe definitivamente que Rocafuerte fue masón mientras que Varela se opuso a las sociedades secretas como los masones. Quienquiera que fuera(n) el(los) autor(es) de *Jicoténcal*, sea Varela, Heredia, o Rocafuerte, el(los) autor(es) de la obra era(n) americano(s) con una ideología claramente ilustrada y republicana.

El autor anónimo de *Jicoténcal* evoca la filosofía política del neoclasicismo cuando describe al pueblo tlaxcalteca como una “república” con “un congreso o senado, compuesto de miembros elegidos uno por cada partido de los que contenía la república” (Varela: 4). Por ende, el autor muestra los aspectos predominantes de la Revolución francesa como el republicanismo y la filosofía del igualitarismo: “Las casas y demás edificios eran más sólidos que brillantes, y por todas partes se dejaba ver la igualdad que formaba el espíritu público del país. Los castillos, los torreones y los palacios no contrastaban con las chozas de los pobres” (4). Puesto que en aquellos tiempos en Mesoamérica reinaban varios caciques (y confederaciones de caciques como en el Valle de México), es poco creíble que hubiera el igualitarismo europeo que plantea el autor y aún más dudosa la existencia de torreones y castillos. Sin embargo, este “orientalismo” en *Jicoténcal* sirve para evocar la ideología del *Discurso* en el cual Rousseau trata sobre el espíritu republicano y la bondad e inocencia innatas de las primeras sociedades. Además de esta imagen bucólica de las primeras sociedades y sus virtudes, Rousseau discute la tendencia natural hacia la entropía socio-política de la sociedad. Para Rousseau, la virtud y el poder se encuentran en las artes bélicas, en la vida espartana y en el servicio cívico. La preferencia por las riquezas y las letras produce el afeminamiento y la corrupción de la sociedad:

Si la culture des sciences est nuisible aux qualités guerrières, elle l'est encore plus aux qualités morales. C'est dès nos premières années qu'une éducation insensée orne notre esprit et corrompt notre jugement. Je vois de toutes parts des établissements immenses, où l'on élève à grands frais la jeunesse pour lui apprendre toutes choses, excepté ses devoirs. Vos enfants ignoreront leur propre langue, mais ils en parleront d'autres qui ne sont en usage nulle part : ils sauront composer des vers qu'à peine ils pourront comprendre : sans savoir démêler l'erreur de la vérité, ils posséderont l'art de les rendre méconnaissables aux autres par des arguments

spécieux : mais ces mots de magnanimité, de tempérance, d'humanité, de courage [...] Qu'ils apprennent ce qu'ils doivent faire étant hommes ; et non ce qu'ils doivent oublier (Rousseau 1992b: 48-49).¹⁸

Se ve esta ideología roussoniana en la descripción de la nación tlaxcalteca en *Jicoténcal*: “El carácter de los habitantes era belicoso, sufrido, franco, poco afecto al fausto y enemigo de la afeminación” (4). El pueblo tlaxcalteca, especialmente sus líderes, desdén los placeres y las riquezas de la vida (a diferencia de Motecuhzoma) prefiriendo, más bien, ocuparse con sus deberes cívicos.

El gobierno republicano es, asevera el autor de *Jicoténcal*, el más preferible de los gobiernos. Aunque su crítica es sutil, Rousseau revela la ineficacia del sistema monárquico en *El contrato social*:

On prend beaucoup de peine, à ce qu'on dit, pour enseigner aux jeunes princes l'art de régner ; il ne paraît pas que cette éducation leur profite. On ferait mieux de commencer par leur enseigner l'art d'obéir. Les plus grands rois qu'ait célébrés l'histoire n'ont point été élevés pour régner [...] si la éducation royale corrompt nécessairement ceux qui la reçoivent, que doit-on espérer d'une suite d'hommes élevés pour régner? [...] Pour voir ce qu'est ce gouvernement en lui-même, il faut le considérer sous des princes bornés ou méchants ; car ils arriveront tels au trône, ou le trône les rendra tels (Rousseau, 1992a: 103-104).¹⁹

¹⁸ “Si la cultura de las ciencias es perjudicial para las cualidades guerreras, todavía lo es más para las cualidades morales. Desde los primeros años, una educación insensata adorna nuestro espíritu y corrompe nuestro juicio. Por todas partes veo establecimientos inmensos donde se educa a los jóvenes costosamente para enseñarles toda clase de cosas, salvo sus deberes. Vuestros hijos ignorarán su propia lengua, pero hablarán otras que no se usan en ninguna parte; sabrán componer versos que comprenderán a duras penas; sin saber distinguir el error de la verdad, poseerán el arte de volverlos irreconocibles a los demás gracias a argumentos especiosos; pero las palabras magnanimidad, templanza, humanidad, valor [...]. Que aprendan lo que deben hacer al ser hombres y no lo que deben olvidar” (Rousseau 2001: 42).

¹⁹ “Se toma mucho trabajo, según dicen, para enseñar a los jóvenes príncipes el arte de reinar, pero parece que esta educación no les sirve de nada. Sería mejor comenzar por enseñarles el arte de obedecer. Los más grandes reyes celebrados por la historia, no han sido educados para reinar [...] si la educación regia corrompe necesariamente a los que la reciben, ¿qué debe esperarse de una serie de hombres educados para reinar? [...] Para saber lo que es este gobierno en sí mismo, es preciso considerarlo en manos de príncipes estúpidos o perversos, porque, o lo son al subir al trono o el trono los convertirá en tales” (2000: 40-41).

No cabe duda que una actitud anti-monárquica y el tono maquiavélico aparece a lo largo de *Jicoténcal*. En el Libro Primero, el autor describe a Motecuhzoma y a Carlos V de esta manera:

Mas la completa destrucción de un imperio inmenso [...] emprendida y llevada a cabo por una banda de soldados a sueldo y órdenes de un déspota, que tenía su trono a más de dos mil leguas de distancia, era una suerte reservada tan sólo para los malafortunados habitantes de la América Occidental. Los republicanos valientes y aguerridos, los mercenarios vasallos de un tirano orgulloso, los que vivían en grandes familias con un cacique a su cabeza todos sucumbieron a las artes e intrigas europeas que un puñado de ambiciosos supo manejar contra su sencillez y contra su diferente manera de vivir (3).

El autor reserva el término más fuerte para criticar al monarca español aunque Motecuhzoma tampoco se escapa de su cinismo. Esta sección inicial sobre los déspotas y los tiranos proviene del Capítulo X de *El contrato* de Rousseau:

Pour donner différentes noms à différentes choses, j'appelle *tyran* l'usurpateur de l'autorité royale, et *despote* l'usurpateur du pouvoir souverain. Le tyran est celui qui s'ingère contre les lois à gouverner selon les lois; le despote est celui qui se met au-dessus des lois mêmes. Ainsi le tyran peut n'être pas despote, mais le despote est toujours tyran (1992a: 116).²⁰

Previamente en este capítulo, Rousseau postula que la degeneración del gobierno ocurre cuando disminuye o cuando se disuelve:

Le gouvernement se resserre quand il passé du grand nombre au petit, c'est-à-dire de la démocratie à l'aristocratie, et de l'aristocratie à la royauté. C'est là son inclination naturelle [...] Le cas de la dissolution de l'État peut arriver de deux manières. Premièrement quand le prince n'administre plus l'État selon les lois et qu'il usurpe le pouvoir souverain [...] Le même cas arrive aussi quand les membres du gouvernement

²⁰ “Para dar a cada cosa su calificativo, llamo *tirano* al usurpador de la autoridad real y *despota* al usurpador del poder soberano. El tirano es el que se injiere contra las leyes a gobernar según ellas; el déspota, el que las pisotea. Así, pues, el tirano puede no ser déspota, pero el déspota es siempre tirano” (2000: 48).

usurpent séparément le pouvoir qu'ils ne doivent exercer qu'en corps...
(1992a: 114-115).²¹

La implicación es, entonces, que el corolario de la entropía política dicta que el resultado del poder en uno solo es el poder arbitrario, despótico y tiránico. Los Libros Tercero y Sexto de *Xicoténcatl* elaboran esta denuncia del poder arbitrario del monarca español. En el Tercero, Xicoténcatl el Mozo, y Diego de Ordaz comparan sus gobiernos respectivos. El americano queda asombrado de que algunos españoles puedan ser valientes y virtuosos mientras están sometidos al despotismo de Carlos V:

El gobierno de uno solo no me parece soportable sino en los pueblos cuya ignorancia los hace incapaces de mirar por sí mismos o cuyos vicios y envilecimientos los hacen insensibles a la opresión. Este gobierno tiene para mí el grande inconveniente de la natural propensión del hombre a abusar del poder; y cuando el poder de uno solo domina, no hay más leyes que su voluntad. ¡Desgraciado el pueblo cuya dicha depende de las virtudes de un hombre solo! (50-51).

Tras una respuesta no muy convincente de Ordaz, Xicoténcatl el Mozo presenta al emperador Motecuhzoma como otro ejemplo del abuso del poder. Este monarca

era virtuoso, de un corazón recto y de una grande generosidad, pero ahora a la cabeza de veinte naciones diferentes y poderosas, se ha convertido en un tirano orgulloso, se ha olvidado de que es hombre y su dureza extrema le hace ser el azote de sus pueblos. Los malos se le unen, los buenos se corrompen y el mal es irremediable o, si no lo es, debe costar convulsiones, sangre y horrores increíbles (51).

Precisamente en aquel momento, entra Xicoténcatl, el Viejo, y añade que “la corrupción y los vicios son la muerte de los Estados, como las virtudes forman su vida y su vigor” (51). No solo proviene esta ideolo-

²¹ “El gobierno se concentra cuando pasa del gran número al pequeño, es decir, de la democracia a la aristocracia y de ésta a la monarquía. Ésta es su inclinación natural [...] La disolución del Estado puede efectuarse de dos maneras: Primeramente, cuando el príncipe no administra el Estado de acuerdo con las leyes y usurpa el poder soberano [...] En segundo lugar, cuando los miembros del gobierno usurpan por separado el poder que deben ejercer en conjunto...” (2000: 46-47).

gía de *El contrato* sino que también refleja el espíritu del *Discurso*. En el Libro Sexto de la novela, el autor se desvía de la trama para opinar sobre el tema del autoritarismo y la tiranía dando como ejemplos históricos a los emperadores romanos, Nerón y Calígula. Es evidente que el autor pretende elaborar un tema que se repite mucho a principios del siglo XIX en Hispanoamérica: plantear una ideología nacionalista que confronta la naturaleza despótica del sistema colonialista de la metrópoli. No cabe duda que el tono anti-monárquico que emplea el autor de *Jicoténcal* sirve para criticar al reino despótico de Fernando VII. Si la paternidad de la novela es cubana (o Varela o Heredia, o proyecto colaborativo entre este y Rocafranco), queda clara la razón por esta fuerte denuncia de la monarquía española: en 1826, Cuba (y Puerto Rico) eran las únicas colonias españolas que quedaban en el hemisferio occidental. Además, tanto Varela como Heredia fueron perseguidos por el gobierno colonial de Cuba bajo cargos de sedición.

Otro tema relacionado con el sistema monárquico es el asunto de la sucesión de los reyes. Rousseau ya había planteado la problemática de la educación de los herederos al trono en su *Discurso*. En el Capítulo VI del Libro III de *El contrato*, Rousseau continúa con sus postulaciones sobre la monarquía respecto a la problemática de la inestabilidad producida después de la muerte de un monarca:

les élections laissent des intervalles dangereux, elles sont orageuses, et à moins que les citoyens ne soient d'un désintéressement, d'une intégrité que ce gouvernement ne comporte guère, la brigue et la corruption s'en mêlent. [...] Tôt ou tard tout devient vénal sous une pareille administration [...]

Qu'a-t-on fait pour prévenir ces maux? On a rendu les couronnes héréditaires dans certaines familles, et l'on a établi un ordre de succession qui prévient toute dispute à la mort des rois. C'est-à-dire que, substituant l'inconvénient des régences à celui des élections, on a préféré une apparente tranquillité à une administration sage, et qu'on a mieux aimé risquer d'avoir pour chefs des enfants, des monstres, des imbéciles, que d'avoir à disputer sur le choix des bons rois... (1992a: 102-103).²²

²² “las elecciones dan lugar a intervalos peligrosos; hácese tempestuosas, y a menos que los ciudadanos sean de un desprendimiento y de una integridad tales, que esta clase de gobierno no permite, la intriga y la corrupción apodéranse de ellas [...] Tarde o temprano la venalidad imperará en una administración semejante [...]”.

Puesto que la sucesión hereditaria fue característica de la casa de Habsburgo, la inferencia de Rousseau es obvia: “elecciones” es un término codificado que significa el sistema republicano y la superioridad de este sistema se basa en la sabiduría en las elecciones de “buenos reyes” (es decir, los líderes en general).

En el Libro Sexto de *Jicoténcal*, el autor relata cómo Cortés niega la elección legítima de un cacique tezcucano, Cacumatzin. Cortés encarcela a Cacumatzin, y cuando este logra escaparse para gobernar de nuevo, encuentra su provincia en medio de una guerra civil fomentada por el general español y varias facciones revoltosas de la provincia. Cacumatzin, amenazado por estas facciones encabezadas por el hijo corrupto de un antiguo cacique tezcucano, se retira con sus leales para luchar al lado de las tropas mexicas. Así, Cortés entra fácilmente en Tezcuco (Texcoco) y proclama al jefe de los revoltosos como el legítimo rey de la provincia. La reacción apasionada del autor revela una marcada influencia roussoniana:

¡Imprudencia atroz! ¡Proclamar como fundamentos de una usurpación por la fuerza los necios absurdos de la legitimidad y del derecho hereditario, desconocidos absolutamente en aquellas regiones, donde no había más derecho que el de elección! El usurpador aduló tan bajamente a su padrino que, en seguida de su coronación, abjuró de sus dioses y abrazó la religión de su protector, tomando en el bautismo el nombre de “Hernando Cortés”. ¡Tan antigua es la bajeza y vil sumisión de los monarcas al brazo que les sostiene las coronas! (125).

Puesto que el destino ya había decidido a favor de los españoles, la noticia de la coronación del rey ilegítimo de Texcoco se disemina como un virus a las provincias vecinas. Las facciones revoltosas de Chalco y Otumba también se alían con Cortés por motivos codiciosos y este logra tentar a las tropas tlaxcaltecas con buenos botines. El resultado es la completa alienación de Xicoténcatl el Mozo, y la disminución de su causa contra los españoles.

¿Qué se ha hecho para prevenir estos males? Se han vuelto hereditarias las coronas en ciertas familias, estableciendo un orden de sucesión que evite toda disputa a la muerte de los reyes, es decir, se ha sustituido el inconveniente de las elecciones por el de las regencias, se ha preferido una aparente tranquilidad a una administración sabia, corriendo el riesgo de tener por jefes a niños, a monstruos, a imbéciles, antes que tener que discutir la elección de buenos reyes” (2000: 40).

En *Jicoténcal* se destacan, también, el tema de la religión y su función en una sociedad republicana. La ideología demostrada en la novela refleja el racionalismo, deísmo y anticlericalismo de aquellos tiempos. A lo largo de la novela, el padre Olmedo se retrata como una caricatura rabalaisiana; es inepto, superficial e insincero y sus oraciones son patéticas e inútiles. En cambio, el racionalismo y deísmo de los dos Xicoténcatl y Teutila sirven para revelar la hostilidad del autor hacia una religión “supersticiosa” e insincera basada en las profecías, los milagros y los misterios inexplicables. Por ende, el autor propone una nueva interpretación de la religión; es decir, reemplazar la religión institucionalizada con los ideales puros del amor universal y la bondad perfecta. La religión civil que Rousseau propone en *El contrato* es precisamente deísta; sin embargo, no niega el valor y lo sublime del cristianismo. Para Rousseau, la religión tiene una función esencial en el estado: “il importe bien à l'État que chaque citoyen ait une religion qui lui fasse aimer ses devoirs [civiques]” (1992a: 165).²³ No obstante, Rousseau indica que con la institucionalización política del cristianismo, “l'intérêt du prêtre serait toujours plus fort que celui de l'État” (162).²⁴ El problema de la institucionalización política del cristianismo es que tal república es débil e ingenua:

La charité chrétienne ne permet pas aisément de penser mal de son prochain. Dès qu'il aura trouvé par quelque ruse l'art de leur en imposer et de s'emparer d'une partie de l'autorité publique, voilà un homme constitué en dignité ; Dieu veut qu'on le respecte ; bientôt voilà une puissance ; Dieu veut qu'on lui obéisse ; le dépositaire de cette puissance en abuse-t-il ? c'est la verge dont Dieu punit ses enfants. On se ferait conscience de chasser l'usurpateur ; il faudrait troubler le repos public, user de violence, verser du sang ; tout cela s'accorde mal avec la douceur du chrétien [...] supposez votre république chrétienne vis-à-vis de Sparte ou de Rome ; les pieux chrétiens seront battus, écrasés, détruits avant d'avoir eu le temps de se reconnaître, ou ne devront leur salut qu'au mépris que leur ennemi concevra pour eux (165).²⁵

²³ “conviene al Estado que todo ciudadano profese una religión que le haga amar sus deberes [cívicos]” (2000: 74).

²⁴ “el interés del sacerdote será siempre más fuerte que el del Estado” (71).

²⁵ “La caridad cristiana no permite pensar mal del prójimo. Desde que uno haya encontrado por medio de cualquiera astucia el arte de imponerse y de apoderarse de una parte de la autoridad pública he allí un hombre constituido en alta dignidad; Dios quiere

En el Libro Cuarto, el padre Olmedo se encarga de la conversión de Xicoténcatl, el Viejo. Esta escena recuerda la conversión del Hurón, Ingenu, en "L'Ingénu". El anciano tlaxcalteca afirma su fe en Dios e indica que los dos comparten las mismas máximas; sin embargo, el anciano critica amargamente la hipocresía de los españoles: "Me sorprendes, extranjero, con unas máximas tan conformes con las que existen en mi corazón, cuando vuestras acciones son tan contrarias a estas mismas máximas" (Varela: 83). Esta polémica entre un americano y un clérigo europeo tiene sus antecedentes en "L'Ingénu". En este cuento, el Hurón cuestiona la hipocresía del Prior: "Je m'aperçois tous les jours qu'on fait ici une infinité de choses qui ne sont point dans votre livre, et qu'on n'y fait rien de tout ce qu'il dit. Je vous avoue que cela m'étonne et me fâche" (1996: 59).²⁶

Al entrar en una polémica sobre los misterios de la fe cristiana, Xicoténcatl, el Viejo, pide una explicación. Cuando el sacerdote le dice que son inalcanzables para el entendimiento humano, Xicoténcatl, el Viejo, queda indignado: "Luego Dios no ha revelado nada. ¿Y tú quieres hacerme creer que ese Ser tan sabio, ha comunicado unas cosas que repugnan a mi razón? ¿Qué fin podría haberse propuesto en una conducta semejante?" (Varela: 84) Cuando la discusión torna al asunto de los milagros, Xicoténcatl pide que el sacerdote resucite a su esposa difunta. Obviamente incapaz de realizar el milagro, el padre queda avergonzado y mudo. Aprovechándose de esta oportunidad, Xicoténcatl da el golpe de gracia a favor del racionalismo:

Mira, extranjero, un milagro es una cosa imposible, y el creerlo ofende la sabiduría y el poder de ese mismo Dios que tú llamas infinitamente sabio y poderoso. Todo lo que nuestra inteligencia alcanza a conocer en este mundo está ordenado por leyes inmutables y con una relación tan

que se le respete; si surge un poder cualquiera, Dios ordena que se le obedezca. Si el depositario de este poder abusa de él, es la vara de Dios que castiga a sus hijos. Sería un cargo de conciencia expulsar al usurpador: habría necesidad de turbar la tranquilidad pública, usar de la violencia, verter sangre, todo lo cual se aviene mal con la dulzura del cristiano [...] suponed vuestra república cristiana enfrente de Esparta o de Roma: los piadosos cristianos serían batidos, despachurrados, destruidos, antes de haber tenido tiempo de reconocerse, o deberían su salvación al desprecio que sus enemigos concibieran por ellos" (73).

²⁶ "Me estoy dando cuenta de que se hacen aquí a diario muchas cosas que no están en el libro de vuestra merced y no se hace nada de lo que el libro dice. Y debo confesarle que es algo que me asombra y me contraría" (1998: 49).

íntima que cualquiera de éstas que se infringiera faltaría enteramente el orden de las cosas (85).

El anciano aún acepta recibir la Comunión pero indica que “[le] es indiferente ofrecerle [a Dios] un poco de copal o cualquiera otra cosa con tal de que le manifieste [su] reconocimiento” (86). La polémica acaba con un ataque final sobre la hipocresía religiosa de los españoles.

El tratamiento de los milagros y los sacramentos en “L’Ingénu” es mucho más carnavalesco y cómico. Primero, el sacramento del bautismo. El Hurón acepta ser bautizado, va a un río, se desnuda y espera al Prior y al Abate mientras las señoritas de Kerkabon y de Saint-Yves lo observan. El Prior informa al Hurón que así no se bautiza en la Baja Bretaña y que ha de vestirse. Precisamente en este momento, luce el humor voltairiano: “Mlle de Saint-Yves [...] disait tout bas à sa compagne: ‘Mademoiselle, croyez-vous qu’il reprenne sitôt ses habits?’” (1996: 50).²⁷ El Hurón no se da por vencido y replica:

Vous ne m’en ferez pas accroire cette fois-ci comme l’autre; j’ai bien étudié depuis ce temps-là, et je suis très certain qu’on ne se baptise pas autrement [...] je vous défie de me montrer dans le livre que vous m’avez donné qu’on s’y soit jamais pris d’une autre façon. Je ne serai point baptisé du tout, ou je le serai dans la rivière (50).²⁸

El Obispo interviene pero el Hurón se mantiene firme: “Montrez-moi, lui dit-il, dans le livre que m’a donné mon oncle, un seul homme qui n’ait pas été baptisé dans la rivière, et je ferai tout ce que vous voudrez” (52).²⁹ Al final, es la señorita de Saint-Yves quien logra persuadir al Hurón de bautizarse en la iglesia.

²⁷ “la señorita De Saint-Yves [...] le decía por lo bajo a su compañera: ‘¿Cree vuestra merced que va a volver a vestirse tan pronto?’” (1998: 43).

²⁸ “Vuestra merced no va a convencerme en esta ocasión con tanta facilidad como en las anteriores, porque desde entonces he estudiado con ahínco y tengo la completa certidumbre de que así es como hay que recibir el bautismo no de otra manera. [...] y desafío a vuestra merced a que en el libro que me dio encuentre circunstancia alguna en que haya hecho de forma diferente. O me bautizo en un río o no he de bautizarme ni poco ni mucho” (43).

²⁹ “‘Enseñeme en el libro que me dio mi tío el prior un solo hombre que no se bautizara en un río y haré entonces cuanto me diga vuestra merced’” (44).

Con respecto a los milagros en este capítulo de “L’Ingénu”, el que se menciona es bastante rabelaisiano. Durante la gran cena que se había preparado para celebrar el bautismo del Hurón, conmemoraron el día de su santo poniéndole el nombre “Hércules”:

L’évêque de Saint-Malo demandait toujours quel était ce patron dont il n’avait jamais entendu parler. Le jésuite, qui était fort savant, lui dit que c’était un saint qui avait fait douze miracles. Il y en avait un treizième qui valait les douze autres, mais dont il ne convenait pas à un jésuite de parler ; c’était celui d’avoir changé cinquante filles en femmes en une seule nuit. Un plaisant qui se trouva là releva ce miracle avec énergie. Toutes les dames baissèrent les yeux, et jugèrent à la physionomie de l’Ingénu qu’il était digne du saint dont il portait le nom (54).³⁰

A pesar del tono sacrílego y burlesco con respecto a los milagros y los sacramentos en “L’Ingénu”, el propósito es el mismo que en *Jicoténcal*: los misterios de la fe cristiana no conforman a la ideología racionalista que predominaba a fines del siglo XVIII y a principios del siglo XIX.

El racionalismo y el republicanismo del siglo XVIII ejercieron una profunda influencia sobre los eventos históricos y literarios no solo de ese mismo siglo, sino también del siglo XIX. En gran parte, las obras de Rousseau, Montesquieu, Raynal y Voltaire, todas prohibidas en las colonias españolas, causaron las revoluciones tumultuosas que cambiaron no solo Francia sino las Américas, también. En sí misma, *Jicoténcal* es una obra revolucionaria puesto que es la primera novela histórica escrita en castellano y la primera novela que trata un tema (marginamente) indigenista. Es una obra que sirve como puente entre el neoclasicismo y el romanticismo como también lo fue la obra del escocés Sir Walter Scott. Para su época, las ideologías republicanas y anticlericales que se encuentran en la novela eran bastante sediciosas y radicales; no obstan-

³⁰ “Como el Obispo de Saint-Malo no cesaba de preguntar quién era aquel patrón del que no había oído hablar nunca, el jesuita, que era hombre erudito, le dijo que se trataba de un santo que había hecho doce milagros. E incluso un decimotercer milagro que valía tanto como los otros doce juntos pero al que no podía aludir decentemente un jesuita, y era el de haber convertido en mujeres a cincuenta doncellas en una sola noche. Un bromista que se hallaba entre los comensales destacó dicho milagro con gran énfasis y todas las señoras bajaron la vista y dedujeron de la apariencia del Ingenuo que éste no desmerecía del santo cuyo nombre llevaba” (46).

te, también lo eran las posiciones de Rousseau y Voltaire en el siglo XVIII. Mi posición a lo largo de este ensayo ha sido que *Jicoténcal* es una novela cuyo propósito es el de fomentar y elogiar el espíritu republicano al mismo tiempo que denunciar el despotismo y la tiranía que resultan cuando el poder se concentra en un solo hombre. Además, el autor pretende denunciar las hipocresías de los conquistadores tanto en su conducta como en su religión y cuestionar las doctrinas de la Iglesia Católica. El estado republicano debe basarse en una religión pura y racionalista pero que no sea la cristiana, como Rousseau parece sugerir en *El contrato social*. Como con la mayoría de las obras literarias hispanoamericanas de la época poscolonial, el asunto de mayor importancia se enfocaba en el establecimiento de una identidad nacional. Lo que *Jicoténcal* pretende realizar es precisamente esto, empero de una forma sutil. De hecho, la intención del autor con respecto al concepto de nación es lo que esta debe evitar: la tiranía, el despotismo, la superstición, los vicios, etc. El ejemplo de la nación perfecta es la que sea espartana en todas sus características: desdén del lujo y de las riquezas, una educación práctica, y una apreciación de los deberes cívicos. Finalmente, *Jicoténcal* presagia la inevitabilidad de la futura problemática relacionada con la integración racial en las Américas.

BIBLIOGRAFÍA

- BRICKHOUSE, ANNA. *Transamerican Literary Relations and the Nineteenth Century Public Sphere*. New York: Cambridge UP, 2009.
- BRYANT, WILLIAM CULLEN. "Jicoténcal". Res. de *Jicoténcal*, anónimo. *The U. S. Review and Literary Gazette*. 1.5 (February 1827): 336-346.
- CASTRO LEAL, ANTONIO. *La novela del México Colonial*. 4ª ed. México: Aguilar, 1972.
- DÍAZ DEL CASTILLO, BERNAL. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. México: Porrúa, 2005.
- GONZÁLEZ ACOSTA, ALEJANDRO. *El enigma de "Jicoténcal"*. México: Instituto Tlascalteca de Cultura, 1997.
- KEEN, BENJAMIN. *A History of Latin America*. 4ª ed. Boston: Houghton Mifflin, 1992.
- KOSOFSKY SEDGWICK, EVE. *Between Men: English Literature and Male Homosexual Desire*. New York: Columbia UP, 1985.
- LEAL, LUIS. "Jicoténcal, primera novela histórica en castellano." *Revista Iberoamericana*. XXV.49 (enero-junio 1960): 9-31.

- LEAL, LUIS. "Introducción". *Jicoténcal*. Eds. Luis Leal y Rodolfo Cortina. Houston, Texas: Arte Público Press, 1995.
- MIGNOLO, WALTER. *Local Histories / Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinking*. Princeton: Princeton UP, 2000.
- PARKINSON ZAMORA, LOIS. "The Usable Past: The Idea of History in Modern U.S. and Latin American Fiction". *Do the Americas Have a Common Literature?* Ed. Gustavo Pérez Firmat. Durham, North Carolina: Duke UP, 1990.
- READ, J. LLOYD. *The Mexican Historical Novel*. New York: Instituto de las Españas, 1939.
- ROUSSEAU, JEAN-JACQUES. *Du contrat social*. Ed. Pierre Burgelin. Paris: Flammarion, 1992a.
- ROUSSEAU, JEAN-JACQUES. *Discours sur les sciences et les arts*. Ed. Jacques Roger. Paris: Flammarion, 1992b.
- ROUSSEAU, JEAN-JACQUES. *El contrato social*. 12ª ed. México: Porrúa, 2000.
- ROUSSEAU, JEAN-JACQUES. *Discurso sobre las ciencias y las artes*. Buenos Aires: Editorial El Ateneo, 2001.
- SPELL, JEFFERSON R. *Rousseau in the Spanish World Before 1833: A Study in Franco-Spanish Literary Relations*. New York: Octagon Books, 1969.
- VARELA, FÉLIX. *Jicoténcal*. Eds. Luis Leal y Rodolfo Cortina. Houston, Texas: Arte Público Press, 1995.
- VOLTAIRE, FRANÇOIS-MARIE. "L'Ingénu". Ed. Jean Goldzink. Francia: Larousse, 1996.
- VOLTAIRE, FRANÇOIS-MARIE. "El Ingenuo". Trad. Mª Teresa Gallego Urrutia y Francisco Lafarga. Madrid: Siruela, 1998.

FECHA DE RECEPCIÓN: 20/08/11

FECHA DE ACEPTACIÓN: 16/11/11